

sobre manera. Madrid ardía en rumores. Crecía la marea antigubernamental. Aumentaba cada hora la anarquía.

—Si se echa a la calle un regimiento, se acabó la República. Y eso no tardará en acaecer—, me dijo, profética y sibilinamente.

Sus palabras me hicieron recordar el incumplido acuerdo adoptado por los primates republicanos de proclamar la dictadura, si era preciso, para restaurar el orden público, y la derrotista frase de Azaña en la Zarzuela:

—Ya estamos buenos para que nos fusilen. (*De mi anecdotario político*, Buenos Aires, 1972, 127).

Por su biografía y por su formación e inclinaciones historiográficas, era natural que Marañón diese una explicación esencialmente política a la crisis que desembocaría en la tragedia de 1936. No obstante su conocimiento de la cerrilidad y pétreo egoísmo de la derecha clásica y de las heridas que ésta infligió a su vida y fama, D. Gregorio culpaba principalmente a la izquierda de la frustración del bello sueño de 1931. Hasta cierto grado resulta comprensible su exigencia hacia los hombres que lo habían hecho posible, pero que no pudieron soportar el peso de una empresa envuelta en dificultades de gran tamaño, singularmente, las nacidas del mantenimiento a toda costa de los principios de transigencia y tolerancia, válidos *per naturam* en el pensamiento marañoniano y no sujetos a ninguna táctica por noble que fuera. La dictadura republicana, deseada y practicada en más de una ocasión por los líderes de la izquierda, y la escisión dentro del socialismo provocada por la misma dialéctica de ruptura — reforma fueron para D. Gregorio los principios en que naufragó la navegación del régimen. Goethiano puro, el protagonismo de las masas sólo fue concebido en su mente dentro de un rígido encuadramiento jerárquico y en una disciplina social a toda prueba. Por ello no pudo penetrar en el sentido de ciertos acontecimientos del quinquenio republicano.

Como uno de los últimos liberales históricos de este país —D. Antonio Maura llegaría también a exclamar en horas de tristeza personales un poco impropia «que él era el último» de la benemérita especie—, Marañón vivió con indecible pesadumbre las horas de la guerra civil. El desvío y la malquerencia personales —«Médico de realezas, / Amigo de los Borbones, / Adulador de Princesas / Y tonto, un tonto perfecto / De los pies a la cabeza. / No regresarás Gregorio, / Porque ¡ay de tí, si regresas!»—, el desgarrador destierro no acibaron tanto su ánimo como el dolorido sentir por una España que otra vez se había despeñado por la lucha fratricida. Fracaso histórico, pero del que D. Gregorio responsabilizó noble y exageradamente a su generación, educada en el culto a una tolerancia que no había podido trasfundir a una sociedad bronca y proclive a la tea incendiaria y a los pelotones de ejecución: «Muchos de los españoles de espíritu liberal que habían acordado una confianza condicional a la República, en cuanto régimen nuevo en el que cupiesen con desembarazo reformas de política general y de orden social, que eran tan necesarias e inevitables que subsisten en el mismo programa nacionalista de hoy, pero no como pretexto de un movimiento de clase extrema, destructivo y dictatorial al estilo ruso, se volvieron desde aquel día a su campo; y aquel día, en realidad, empezó la lenta agonía de la recién nacida República. Y, repito, no por lo que sucedió, sino por lo que, debiendo haber sucedido dejó de suceder... El liberal español unía al defecto común a todos los liberales del mundo, a saber: una ceguera de colores, que sólo le permite ver el antiliberalismo negro, pero no el rojo... La responsabilidad fue del liberal español, que no supo darse cuenta de la gravedad y de la significación radicalmente antiliberal de lo ocurrido, y a la vez que contribuía

a su impunidad se desprendía lastimosamente de la autoridad política que le quedaba... Nadie, pues dudará de buena fe sobre los términos en que está planteado el problema. Mi liberalismo recalcitrante no regatea su respeto a los que sinceramente apoyan a este movimiento o simplemente simpatizan con él, precisamente porque creen que la salvación de España y del mundo entero está en el comunismo. Lo que no puede admitirse sin suponer mala fe e insuficiencia mental es que ese apoyo y esa simpatía se funden en el amor a la libertad, en la paz social y universal, en la democracia, en el respeto a las ideas y en todos los demás tópicos nobilísimos que nada tienen que ver con el estado bolchevique... El problema sería, en suma, clarísimo, a no ser por la intervención perturbadora de las fuerzas liberales, cuyo inmenso prestigio y cuya inmensa torpeza llenan hoy de confusión al panorama político del mundo. La ceguera frente al antiliberalismo rojo ha hecho que el liberal venda su alma al diablo. Pero su castigo será proporcionado a su error: porque el liberalismo, como fuerza política, ha terminado su misión en el horizonte de algunas generaciones. Quedrá por ahora sólo como sentimiento de las almas, porque con un nombre o con otro lo que representa en su origen y en su esencia es el motor inmortal del progreso de los hombres. Y, sin duda, brotará un día, cuando sea purificado de las inevitables dictaduras de hoy» (OC., IV, 377-79, 385).

No sólo en el destierro, sino también a su regreso D. Gregorio, al analizar las fuerzas en presencia en la contienda de 1936, atribuyó a unas y otras el carácter de dictatoriales, pensando asimismo que de entre ellas la victoria se había inclinado por la que poseía un carácter más nacional. Interpretación que desde la altura de nuestro tiempo puede suscitar discrepancias y hasta rechazos, pero a la que no cabe estimar como personal o singularizada. Es todo un mundo, el liberal de cuño clásico, el que opera en ella. La misma filiación doctrinal e idénticas conclusiones corresponderán a las dadas a la imprenta por Madariaga, Sánchez Albornoz, Castillejo, Ortega. Hombres todos que perdieron la guerra sin figurar oficialmente en el bando de los vencidos...

La II Dictadura provocó en su pluma «pública» —desconocemos si otra cosa sucede en su correspondencia— escasos juicios. Empero, unas páginas escritas casi a raíz mismo de la terminación de la guerra civil constituyen un cuadro bastante completo de los orígenes del franquismo, con intuiciones y atisbos de futuro de notable sagacidad. En puridad, la visión dibujada por su pluma es la sostenida en sus elementos esenciales por una buena parte de los estudiosos de aquel régimen, especialmente los de cepa más liberal. Abstracción hecha de la nueva y penosa requisitoria fulminada por Marañón contra el naufragio de la II República y sus inexpertos pilotos, resalta en su planteamiento conforme a su tesis, la sublevación del ejército estuvo lejos de convertirse en una militarada por el respaldo masivo de amplios y diversificados estratos. Con un talento político superior Franco supo amalgamar el conglomerado de fuerzas antirrepublicanas y las condujo a una victoria, no solamente explicable por razones de índole política o castrense. Explanando una hipótesis cada vez más cimentada en el terreno científico del análisis de la contienda de 1936, Marañón subrayará con fuertes caracteres el acierto en la dirección de la vida económica por el franquismo, frente a los continuos yerros de sus adversarios. En la noche negra de los totalitarismos triunfantes más que por sus éxitos por la honda y pasajera crisis de las democracias, era difícil imaginar

que Franco sustrajese su régimen de la tentación fascista o nazi. Sin embargo, escritas a comienzos de 1940, estas páginas marañonianas prefiguran como ya decíamos, la dictadura atípica y singular del «Caudillo». Su autor presumió con justeza que, a pesar de su marca de origen, no sería un nuevo régimen de los generales ni una Dictadura cuartelera. Sería más bien un cesarismo populista, un bonapartismo español, para el que su figura clave parecía muy dotado. La intuición de D. Gregorio llegó incluso a aventurar que la decantación del régimen hacia la monarquía habría de tener larga gestación y aún mayor desarrollo.

Como contera de sus dotes de zahorí del franquismo, D. Gregorio columbró el consenso que habría de obtener la dictadura en las capas mayoritarias de la nación en el supuesto, hartó probable para él, que el «Caudillo» se inclinara por una jefatura vitalicia. En 1940 sólo contaba en el país el poder personal de Franco. Todos los caminos del futuro habían de partir de este hecho decisivo. Así lo vio Marañón y así lo confirmó la Historia.

Esta confesión de un insigne liberal no puede en modo alguno interpretarse como conformismo y todavía menos como interés de hora. Una y otra guerra provocaron su desmovilización política. Cabe y hasta es lícito imaginar que tal conducta no obedeció a cobardía o a pérdida de su elevado espíritu cívico, y menos aún, claro, a complacencia con un régimen que no perdió ocasión de enaltecer su figura y obra. La contienda civil y la mundial causaron en él un indiscutible desaliento en varias de las manifestaciones de la política, con el consiguiente entusiasmo y esperanza en la actividad social. Su «cupó» político había terminado más que por imposición externa, por deseo y compromiso interno. La lección y el mensaje del liberalismo clásico habían sufrido tan duro embate que necesitaba un relevo en sus filas para responder adecuadamente a los desafíos de la postguerra.

No obstante esta reclusión en su oficio clínico y escritor D. Gregorio no desaprovecharía ninguna ocasión para más o menos veladamente mantener sus distancias de cualquier sistema dictatorial, incluido el franquista, por otra parte no juzgado nunca maniqueamente.

Otra dimensión de la labor de Marañón como contemporaneísta es naturalmente la que tiene por objeto el análisis de los principales fenómenos de la historia universal entre Waterloo y Postdam. A muchos de ellos refirióse D. Gregorio en su voluminosa producción bibliográfica, profundizando en el análisis de no pequeña parte de las corrientes con mayor fuerza configuradora de toda esta fase histórica. Particular interés y relevancia tendrán por supuesto su enfrentamiento con temas tales como el positivismo o el psicoanálisis. Amén, como es obvio, de su toma de postura ante las teorías hipocráticas de todo este ancho período. El centenario marañoniano ahora celebrado servirá indudablemente para precisar con detenimiento la aportación de D. Gregorio en estos terrenos transitados por su pluma a menudo con copia de información y casi siempre contemplados y descritos con felices intuiciones. En la parcela adscrita convencionalmente a la historiografía *stricto sensu*, los fenómenos sociopolíticos, sus análisis y glosas ostentan con frecuencia la nota del talento. En extremo sugeridora se ofrece su explicación del fenómeno de los totalitarismos novecentistas como un déficit de ma-

dres. También feliz o al menos muy ingeniosa es su explicación «capilar» del mismo hecho. Su interpretación del auge del deporte y, en general, de la cultura y hasta de la religión del deporte en la sociedad contemporánea no tiene tampoco que desdeñarse por el historiador. En el mismo plano, aunque tal vez con mayor profundidad, del análisis sociológico del hombre del siglo XX, cabría situar su buceamiento por el alma de Amiel, burgués representativo de las ansias y frustraciones de un espécimen, símbolo de gran parte de la humanidad contemporánea conforme al diagnóstico quizás algo exagerado de su biógrafo español.

El ámbito educativo y, de manera especial, el de sus instituciones superiores, atrajo la continuada reflexión de D. Gregorio, conforme es familiar a sus todavía innumerables lectores. En la Universidad, afirmaba Marañón, que se había jugado la suerte de las generaciones de ambas guerras; y en ella, pensaba también que se ventilarían los destinos de la segunda mitad del Novecientos. Pese a que algunas de sus profecías no han sido confirmadas por el paso del tiempo y a pesar de las discrepancias que admiten una porción más o menos extensa de sus aseveraciones y propuestas, es imposible ocultar la exactitud de muchas de sus visiones y lo positivo de sus planes y anhelos. La meditación pedagógica y la convicción de que en la enseñanza reside el motor último y decisivo de la humanidad, tan cara una y otra a los integrantes de su generación, bulle con fuerza y con asidua presencia en toda la consideración marañoniana sobre su época. Expresión de su infalible instinto de historiador de raza y muestra relevante del conocimiento de las grandes cuestiones de su tiempo.

¿Qué cosa puede interesar más que la enseñanza a los hombres de buena voluntad? Si ahora volvemos la vista a la gran tragedia que la humanidad acaba de atravesar, una conclusión indiscutible se desprende del pretérito y lúgubre panorama: el fracaso de la enseñanza. Y me importa consignar que no hablo sólo de España, sino de todo el mundo.

Merced a la enseñanza se ha creado la civilización. Sin enseñanza el instinto de progreso que el hombre lleva implícito en su especie, apenas le hubiera hecho avanzar unos cuantos pasos titubeantes. Pero, por desdicha se han organizado las escuelas, los liceos e institutos y las universidades, para enseñar a los niños y a los jóvenes cosas, olvidando que las cosas son un material inestable, sujeto a una degradación y a un cambio incesante; y, sobre todo, olvidando que las cosas que se saben y se pueden enseñar, son sólo una parte mínima de la educación.

Lo que importa es enseñar modos. Modos de conducta; modos de aprender, que no es recibir los hechos y prenderlos en la memoria, sino saber buscarlos por uno mismo, saber criticarlos, dudar de ellos cuando es preciso y, acaso, prescindir airosamente de lo que parecía verdad. «La esencia entera de la educación, decía Diderot, consiste en provocar la duda y la interrogación.» Y junto con esto, lo que importa es salir de la Universidad con el alma definitivamente recta.

La verdadera gravedad de los acontecimientos pasados y aún no desvanecidos, que en tan grave aprieto han puesto la civilización, no está en que hayan podido triunfar las ideas que no creemos buenas, ni en el sufrimiento físico que han acarreado las grandes contiendas y sus complicaciones, sino el que, veinte siglos después de haberse predicado el Evangelio, hemos visto aterrados, que la civilización creada por la complicada y costosa máquina de la enseñanza, había logrado tan sólo una convivencia superficial y aleatoria entre los hombres, válida para las horas de paz, y nada más. Ha bastado la primera hora de rotura de los frenos de la civilización para que el hombre haya vuelto a la crueldad primitiva, refinada en su eficacia por la técnica. Todos hemos visto con dolor más grande que el que produce la violencia, el espectáculo de que el hombre que pasaba a nuestro lado, el que convivía con nosotros, se despojaba, acaso, en unas horas, como el que se quita una máscara, de su pergeño civilizado y no tenía inconveniente —¡y, a veces, era universitario!— en denunciar, en perseguir, en ofrecerse voluntariamente para juez

de los tribunales en los que se condenaba a muchos hombres, sólo porque pensaban de distinta manera, e incluso para formar parte del pelotón que disparaba frente a la trágica pared.

Hoy la vida se ha normalizado, más o menos, pero, aun cuando fuera perfecta, los que hemos vivido las horas aquellas estamos enfermos de suspicacia irremediable; no podríamos ver al hombre que se sienta junto a nosotros en el tren, o que se cruza en nuestro camino con un gesto de paz, o que convive en nuestra profesión, sin pensar que, si la bancarrota del orden se repitiese, volvería a ser, tal vez, porque sí, nuestro verdugo.

Tantas complicaciones en la enseñanza no han alcanzado a domar la barbarie escondida en buena parte de nuestros semejantes. Ni han enseñado a los que deben ser, de verdad, buenos, a condenar la barbarie de los otros; a toda la barbarie, y no sólo a la que está adscrita a estas o las otras ideologías o excusada con pretextos indignos, como el de la razón de Estado, que, en otra ocasión, he definido como el trampolín inventado por los hombres para saltar por encima del Catecismo. La enseñanza es lo más fracasado en esta crisis del mundo y lo que más importa rehacer (*Efemérides y comentarios (1952-1954)*, Madrid, 1955; 53-55).

En este terreno, las glosas de la obra marañoniana se harían interminables. Sometida al revisionismo implacable de este fin de siglo, parte de sus postulados se han cuarteado o se derrumbarán. En el extranjero, hace ya tiempo que plumas sobresalientes pusieron al descubierto las limitaciones y deficiencias de su trabajo como modernista. Dadas las calidades de su espíritu, es seguro que él mismo hubiera recibido con humildad unas reservas que no lograrán nunca oscurecer los aciertos y logros conseguidos en el análisis psicológico y, no pocas veces, en el social. En la parcela que hemos bosquejado, puede aventurarse que la llegada y aplicación de este incontenible revisionismo no cambiará sus perfiles. En primer término, debido a la naturaleza misma de la tarea de Marañón como contemporaneísta, reducida a cuadros y panorámicas o a deliciosas viñetas y semblanzas; y en segundo lugar, al valor y consistencia de dicha labor. La obra contemporaneísta de D. Gregorio, tan gustoso y partidario del juicio de la posteridad, puede esperar con confianza su «chequeo» por las más modernas y drásticas teorías, siempre que éstas estén al servicio de una historia del hombre de carne y hueso no amputadora de nada de lo que le concierne. Pues también en este campo el trabajo de Marañón se situó en el justo medio del buen sentido y del rigor intelectual. Es probable que D. Gregorio, pese a su voracidad lectora, no estuviera al tanto de las considerables transformaciones metodológicas experimentadas por el oficio de historiador en los dos últimos decenios de su existencia. Es seguro —su obra lo demuestra— que no prestó atención a facetas importantes del acontecer histórico. Pero su mucho saber, su impecable y sacerdotal formación científica y, por encima de todo ello, la concepción humanística de la historia le hicieron elaborar sus trabajos en el mejor taller de Clío. El que lo más sobresaliente de su labor se centrara en el género biográfico, siempre en alza en el público destinatario del esfuerzo del historiador, es una prueba irrefragable de lo dicho. En ningún otro lugar que en el microcosmos del individuo se puede analizar mejor la complejidad inabarcable del fenómeno histórico.

José Manuel Cuenca Toribio